

Mohamed, que vivía encima de la tienda que regentaba, hace manualmente las cuentas mientras su mujer española lavaba los platos tras haber acostado a los niños. Ella no sabía que estaba también casado en Marruecos, pero aunque el Islam prohibía mentir, para él la vida consistía en un juego en el que la astucia siempre triunfaba. Para tener contenta a la esposa española, se había inventado una familia falsa en Tetuán, mientras que la verdadera vivía en Tánger.

En los veranos, cuando iban de vacaciones, sobornaba a unos ancianos que se hacían pasar por sus padres.

Luego, para poder visitar a su mujer marroquí, se cogía un coche viejísimo, el primero que encontraba, y se dirigía a su país a comprar los artículos que necesitaba para la tienda.

También aprovechaba el viaje para visitar a otras amiguitas suyas, aunque esas no eran mujeres con las cuales un hombre honrado debiera procrear.

Él, por supuesto, se consideraba moralmente intachable porque su prioridad vital era la de mantener a la familia y hacerla lo más extensa posible.

Aunque aún era joven, tenía ya muchos más hijos de lo que nunca hubiera imaginado, y los que le quedaban.

Importando hachís de modo clandestino, se había montado en el dólar.

Eso, lo de sancionar el consumo de un producto sano y natural, le parecía realmente incongruente por parte de la cultura occidental, mientras que el alcohol, mucho más daño por artificial, estaba permitido.

Pensaba que los occidentales estaban llenos de incongruencias, aunque comprendía que se trataba simplemente de cuestiones de índole cultural.

Algo que sí le gustaba de la cultura europea era el que las mujeres estuvieran liberadas y se pasearan ligeras de ropa para deleite de los varones.

A la suya la había conocido en un restaurante de comida marroquí.

Por aquella época trabajaba como teleoperadora e iba a clases de danza del vientre.

Esa misma noche le pidió que bailara para él y aceptó.

Eso en su país hubiera significado que no debería haber nunca establecido una relación seria, sin embargo al final resultó ser una chica formal.

Por entonces, como llevaba aún poco tiempo en España, creyó que la mayoría eran como ella; pero ahora le parecía que en realidad había sido un milagro encontrar una mujer así.

Para él se trataba de un verdadero tesoro, la alhaja más valiosa que nunca pudiera imaginar teniendo en cuenta como estaba el percal.

La inmensa mayoría le parecían como esos brillantes de plástico con los que se hacían collares y adornaban los vestidos, es decir falsas, de las cuales uno no se podía fiar; cuando un hombre lo que necesitaba a su lado era una compañera fiel que nunca le fuera a traicionar.

A él, si le iba tan bien, era gracias a ella; aunque jamás podría confesárselo porque sino se volvería vanidosa y su alma se infectaría hasta pudrirse.

Si la trataba así, con desdén, era por su propio bien y el de sus hijos.

En el fondo él estaba atento a sus necesidades.

Por ejemplo, ahora, mientras ella fregaba los platos, más que concentrarse en sus ingresos, calculaba por cada ruido que llegaba de la cocina su estado de ánimo.

Por el poco ímpetu con el que lo hacía, deducía que estaba cansada, y entonces iba a tratar de no pasar esa noche demasiado tiempo gozando del sexo.

Si todos pensaran como yo, en la persona que tienen a su lado, el mundo iría mucho mejor, medita olvidándose de sus propios beneficios y pensando en los de toda la humanidad.



mohamed

Mohamed trata de despertar a su mujer, ya que pensaba que un hombre casado y serio como él, no podía dormirse sin descargar su energía libidinal.

Con tanto destape primaveral, el deseo se multiplicaba de un modo asombroso, convirtiéndose en un monstruo que se le metía dentro y había que sacarlo como fuera. Por eso comprendía que aquí hubiera tanta gente con la necesidad de acudir al psicólogo.

Y es que nada hay peor que quedarse con ganas de eyacular, meditaba.

Bien podía masturbarse, pero eso no estaba bien visto por las leyes de su cultura ni de su religión, y además le parecía deshonesto.

Él era creyente, y su religión le había enseñado que el cuerpo era un instrumento que debía satisfacer al espíritu, lo trascendental, patrimonio de la divinidad.

De lo que se trataba en esta vida no era simplemente de gozar, sino que el goce estuviera encaminado a servir a Dios, y no al egoísmo de cada cual.

Según eso, los que empleaban las partes nobles de su cuerpo únicamente en su beneficio eran estigmatizados por la propia divinidad para advertir a sus congéneres del peligro que entrañaban.

Por eso a los onanistas se les ponía el culo gordo y el cuerpo flácido.

Aunque en el caso de las mujeres, que la abstinencia sexual provocaba los mismos síntomas, se consideraba hermoso; al menos cuando aún eran jóvenes.

Sin embargo, para desafiar las leyes supremas, las sociedades altamente pecadoras estaban repletas de gimnasios.

Pero los músculos artificiales le parecían rígidos como los de un muerto, mientras que los de aquellos que practicaban regularmente el sexo con su pareja semejaban fuertes y elásticos, pues esfuerzo y goce iban unidos.

En definitiva, como aquello del placer sexual no compartido se trataba de un juego sucio en el que él no pensaba caer, y menos teniendo una mujer, la cuestión era despertarla.

Lo cierto es que estaba desesperado pues esa tarde se había pasado por la tienda una chica que casi le mata de ansia por estrecharla entre sus brazos y hacerle el amor salvajemente.

De hecho él vendía pantalones hippies porque sabía que eran los preferidos de las culonas con piernas largas, sus favoritas, aunque no solían tener mucho pecho.

Pero en este caso se había tratado de una deliciosa excepción.

El problema de ponerse las botas, especialmente los sábados, era que necesitaba luego bajar la fiebre producida por ese virus que se encontraba siempre latente en su entrepierna.

Pero ahora, desde que en el supermercado donde trabajaba su mujer les había dado por abrir los domingos, andaba agotada porque ya que no descansaba ni un solo día a la semana.

Eso le parecía otra terrible transgresión de las leyes divinas, y que atentaba gravemente contra el espíritu de los seres humanos subyugados a las mercancías.

Y es que las grandes empresas eran así, se comían a las pequeñas y exprimían a sus empleados hasta consumirles la salud con el fin de volverse cada vez mayores, como si quisieran elevarse hasta el cielo a través de la materia.

Él le había propuesto que lo dejara, pero debido a la gran amenaza que suponía la cifra de cinco millones de parados, ella no quería arriesgarse.

Pero si la cosa sigue así, lo que va a perder es al padre de sus hijos, considera un tanto airado.

Si no se despierta tendré que salir a buscarme a otra, porque ante todo soy un hombre como manda Alá.

Mohamed llora como un niño.

Resulta que había salido poniéndose como disculpa el tener asuntos que resolver, del mismo modo que lo haría luego con su mujer.

Ella, aunque debía sospechar que estaba metido en el business del hachís, no tenía, por su bien, derecho a conocer los detalles.

Sin embargo ese negocio no le requería el mínimo esfuerzo puesto que estaba automatizado, por así decirlo.

Los traficantes eran verdaderos empresarios, gente seria, ya que se trataba de uno de los negocios estrella en la ciudad.

Para empezar no había que pagar impuestos, y las drogas se vendían como caramelos a la puerta de un colegio.

La cocaína era la que más beneficios daba, claro está.

Normalmente entraba por Galicia en barcos pesqueros, a veces a toneladas, tal era el nivel de consumo; aunque no sólo se vendía en España, sino que también se distribuía por toda Europa.

Al parecer los españoles eran los principales consumidores, pero los ingleses y los italianos les iban a la zaga.

Aunque él no tomaba ningún tipo de estupefaciente, y menos aún alcohol, suponía que mezclándola con licor se formaba una especie de cóctel en el cerebro que debía hacer a la gente sentirse dioses omnipotentes.

De no ser así pensaba que no se gastarían en ella el dineral que costaba.

Aunque no contaba con datos oficiales, sabía que en unos años las ventas se habían duplicado, así que suponía que las mujeres se habían consagrado en cuerpo y alma a consumirla, como hacían con el alcohol y el tabaco.

Poderosas redes mafiosas controlaban el tráfico, y él no era sino una pieza diminuta del inmenso engranaje.

La primera vez, como un incauto, tuvo la osadía de probar por su cuenta.

Le salió mal, claro, pero gracias a eso había logrado introducirse en el negocio.

Como si se tratara de una película, los policías que lo habían detenido al pasar la frontera, tras reírse de la ínfima cantidad que transportaba, quizás asombrados de su sangre fría, le preguntaron si tendría el valor de atreverse con cargamentos mucho mayores.

A partir de aquel día no había vuelto a tener problemas con las autoridades.

Tan sólo tenía que comunicarles cuál era la matrícula de su vehículo antes de emprender el viaje y obedecer órdenes.

En realidad había tenido mucha suerte, porque el tráfico de hachís, al beneficiar en cierto modo a los moros, y proporcionar menos ingresos que la cocaína, resultaba más perseguido.

Las drogas y la prostitución eran los medios que existían para manejar enormes cantidades de dinero, y el mercado inmobiliario no era más que la tapadera de esa descomunal olla a presión.

Él, un garbanzo dentro de un cocido inmenso, se encontraba plenamente integrado en la sociedad corrupta a la que pertenecía.

La prostitución le gustaba como al que más, aunque en el fondo le resultaba escandaloso ver como las pobres mujeres se vendían hasta en la calle, a plena luz del día, sin el menor reparo.

En su país también existía, pero se parecía más bien a lo que aquí se consideraba el ligoteo, y si ella aceptaba irse contigo, tenías que pagar.

Lo cierto es que por haber pecado, y no haber sido la primera vez, ya que se últimamente se estaba aficionando, ahora llora arrepentido.

Mohamed camina lentamente hacia su casa.

Lo que le había sucedido había sido sin duda un castigo de Alá, aunque por una extraña razón se encontraba absolutamente relajado.

Aquello le resultaba sorprendente, como si una especie de descubrimiento azaroso le hubiera abierto las puertas de un nuevo paraíso.

En su caso, en vez de haber recuperado la fe, acababa de perderla por completo.

Siempre temiendo la desgracia de llegar a ser sodomizado, para finalmente darse cuenta de que no era algo malo, sino absolutamente placentero.

Incluso los animales, desde su más absoluta ingenuidad, también lo practicaban.

Ahora comprendía que realmente no estuviera muy mal visto en su cultura, tan atenta a las necesidades del alma.

Penado estaba, aunque sólo teóricamente, porque allí muchas personas mantenían relaciones amorosas homosexuales de un modo bastante explícito.

En su país no era raro ver a pasear a hombres agarrados de la mano, o a las mujeres abrazarse ardientemente entre sí.

Aunque extrañamente nunca se veía a personas personas del sexo opuesto haciéndolo de forma pública.

En la cama, a oscuras, se practicaba el sexo como un deber matrimonial; pero lo que se dice amar al cónyuge, resultaba algo completamente fuera de lo común.

Tanto miedo, al final para nada, se decía alegre.

Incluso le costaba reprimirse para no canturrear, como hacían sus mujeres tras un buen polvo, de esos que tenían lugar tras una copiosa comida.

Especialmente con la española, ya que la marroquí era demasiado pudorosa.

Entonces si todo el mundo practicara de vez en cuando el sexo anal, no sólo el normal, la gente estaría más relajada, meditaba.

Sin duda esa prohibición, junto con la del incesto, mantenía a la gente desquiciada.

Así andaban todos luego sodomizándose de un modo simbólico, jodiendo al prójimo en vez de follárselo.

Lo cierto es que esa noche se había vuelto un libertino.

También podría considerársele un perverso, aunque por otra parte se daba perfectamente cuenta de que nunca jamás se había sentido menos perverso y con menos deseos de herir a los demás.

Ahora entendía por qué los hombres maltrataban a los niños en vez de acariciarlos.

Todo el mundo tenía miedo de algo que al final era inocuo, eso sí, siempre que se practicara con preservativo.

Si incluso él, que tenía numerosos hijos, y en su país alguno ya mayorcito, les propinaba cachetes para reprimir los besos y los abrazos.

Y ahora que lo piensa, resulta que la mayoría de las mujeres también se mostraban crueles con las niñas.

La suya marroquí era un clarísimo ejemplo, y así estaba la pobre de amargada.

Si se reprimía con sus hijos e hijas, y luego a su marido no lo veía más que un mes al año, como para no estar hecha una furia.

Menos mal que tenía a la española, que era una santa.

Cierto es que ella a su propia madre la quería mucho, y ambas se trataban con verdadero afecto, sin reprimirse.

Así luego hacía lo mismo con sus hijos.

Y pensar que cuando se había visto amenazado con una pistola, había creído que iba a morir, cuando en realidad aquella super mujer, como una madre, simplemente le había castigado tal como se merecía.

Por eso, sintiéndose en paz, regresa a su casa.

Mohamed, más contento que nunca, besa y abraza a sus hijos.

Nunca hasta entonces les había visto tal como eran, sino como una masa indiferenciada.

Mujer e hijos para él venían a ser lo mismo, un deber, una obligación que desde niño sabía que tendría que asumir tarde o temprano.

Se había cargado con ello como si se tratara de un fardo cuando en realidad podía resultar verdaderamente gratificante, como en aquel momento.

A su mujer le contó que había tenido que salir urgentemente por cuestión de negocios, y ella le creyó.

Sin duda era una santa.

Llegaba tarde a trabajar por su culpa, pero tampoco le importaba.

No temía ser despedida.

Según ella el sueldo no merecía excesivos desvelos, pues era miserable.

También le había dicho que el dinero no valía nada en comparación con la felicidad propia y de aquellos a quienes amaba, y que si trabajaba era para valorarlos más cuando llegaba a casa.

Ella opinaba que la patronal debería suponer a la hora de rebajar los salarios, tal como venía haciendo con la connivencia de los sindicatos, que los trabajadores también tendrían derecho a incumplir sus deberes.

¡Qué maravilla de mujer!

Aún así se levantaba todos los días a las siete de la mañana.

Sin duda eso significaba que le quería de verdad, y que no pretendía ser mantenida en contrapartida por hacer el amor.

Daba gusto vivir al lado de una mujer así, siempre contenta y agradecida por todo.

Eso, además del suceso de aquella noche, le hacía desear romper con el pasado, con su familia marroquí y con su religión.

¿Es que Alá podía llegar a ser más grande que el corazón de una mujer generosa?

Todo ese rechazo hacia las mujeres que había experimentado desde la adolescencia por razón de su cultura, se había esfumado al descubrir lo que ellas estaban condenadas a recibir de los hombres.

Esa noche había descubierto la verdad con mayúsculas, lo que implicaba el sexo de los machos desde el punto de vista de las féminas.

Un horror, vamos.

El sexo, visto desde el lado pasivo, resultaba abominable.

Tanto era así que cuando se acababa, suponía un alibio tan grande que uno se sentía en el séptimo cielo.

Y lo peor era que el Islam potenciaba la violencia sexual como arma de dominación.

Aunque al principio había llorado como un niño al sentirse golpeado y sodomizado, al menos así había aprendido a ponerse en el lugar del otro con mayúsculas para un varón.

Había comprendido lo triste que debe resultar para ellas el sentirse constantemente doblegadas y degradadas en razón de sus órganos genitales.

A partir de ahora dejaría de verlas como un culo y unas tetas que agarrar, y comenzaría a mirarlas a los ojos, como hacía con los que consideraba sus iguales.

Se diría que había recuperado la inocencia de la infancia y renacido de una madre digna de amor y respeto, como lo era su mujer española.

Por eso se sentía tan feliz y tan cercano a sus tres hijos.

Incluso a la mayor, de ocho años, a la que nunca se había atrevido a tomar en sus brazos ni cuando era un bebé, ahora la abraza y la besa sin temor a su supuesta naturaleza impura.

Mohamed, con el delantal de una mujer desnuda que le había regalado a Melissa por el día de la madre, prepara un cuscús para ella como sorpresa.  
Después de irse a trabajar tres horas tarde por su culpa, habría que recompensarla. Él nunca había cocinado antes.  
Bueno, sí, pero sólo por necesidad.  
Cuando vivía solo, antes de casarse, si tenía mucha hambre era capaz de prepararse algo, pero siempre precocinado.  
Aunque casi siempre, por no molestarse, terminaba comiendo un kebab.  
Al principio se preocupaba porque los alimentos fueran halal, pero después ya le daba lo mismo y terminaba comiéndose cualquier cosa.  
En realidad cocinar tampoco era tan difícil, e incluso resultaba una labor muy grata. A ella le encantaba la cocina marroquí, y aquel cuscús no iba a olvidarlo, sobre todo porque sería el primero que él le preparaba.  
Toda primera vez de algo suponía una especie de renacimiento.  
Era como si cuando uno realizaba una acción que sus congéneres habían estado practicando durante siglos, incluso milenios, se conectara con el ser con mayúsculas, con el espíritu de la especie.  
Incluso su cultura le parecía más amable, pues había descubierto su lado femenino. Cocinando confraternizaba con las almas de múltiples generaciones de moras.  
Ya no se sentía solo en el mundo, como le sucedía mientras esperaba en la tienda a que su mujer tuviera la comida preparada para subir.  
Cada gesto que realizaba, el pelar una simple cebolla, le hacía sentirse unido por una fraternidad casi divina a la humanidad.  
En realidad cocinar podía suponer una verdadera experiencia mística si se hacía con amor, como era el caso.  
Entonces recordaba con mucho cariño a su abuela a pesar de que había fallecido hacía muchos años, y el delicioso sabor de sus comidas invadía de aromas su cerebro mientras añadía comino a la cocción.  
Estaba convencido que le iba a quedar más rico que a su madre.  
Se iban a chupar los dedos.  
Sus hijos revoloteaban a su lado como mariposas.  
También ellos parecían felices de verle cocinar, e incluso se ofrecían a ayudarlo.  
Cuando no sabía donde estaba algo, les preguntaba y se ponían inmediatamente a buscarlo.  
Estaba claro que a los niños, cuyos valores e inocencia no han sido aún corrompidos, lo que más le gustaban eran las muestras de cariño.  
Por eso, el gesto de su padre quisiera ayudar a su madre, resultaba para ellos uno de los más bellos ante sus ojos puros.  
En realidad los pobres sufrían mucho viendo la ausencia de participación en las tareas del hogar por parte de sus padres, especialmente cuando las madres también trabajaban fuera de casa.  
Incluso él, cuando era pequeño, recordaba encontrarse siempre cerca de su madre deseando colaborar, porque en su lógica infantil no imperaban aún los valores impuestos, sino el de la justicia y la equidad.  
Sin embargo la rabia infantil surgida del deseo innato de luchar contra la injusticia, poco a poco se había transformado en odio hacia su propia madre cuando le había tocado representar el papel del varón.  
En realidad esa animadversión que había comenzado a sentir por las mujeres durante la adolescencia, era en el fondo desprecio hacia sí mismo.  
Por eso ahora se siente feliz mientras cocina por primera vez.

Mohamed comprueba con deleite que ya no es homófobo, pues por primera vez había mirado a los ojos a su cuñado, y se habían abrazado como hermanos.

Él, que ni de bromas pretendía unirse a la manifestación, al final había acabado en ella.

Como jefe de familia, se había acercado a Sol a buscarlos para llevárselos a casa, pero al llegar se había dado cuenta de que allí, donde nadie le consideraba el jefe de nadie, y menos de su mujer y sus hijos, no tenía derecho a dar órdenes.

Por lo tanto no le quedaba más remedio que sonreír y mostrarse simpático.

Bueno, al menos en su cultura, como en la española, uno estaba habituado a charlar con los demás.

Los países del sur eran así.

Donde hacía buen tiempo la mayor parte del año, la gente podía tranquilamente pasarse la vida en la calle.

Las necesidades eran menores, y no había que esforzarse tanto por trabajar.

Si luego los del norte les venían con que eran unos vagos, como al parecer habían empezado a decir los alemanes de los españoles con eso de la crisis, la culpa no era suya sino del clima benigno.

Ya les gustaría a ellos poder vivir en comunidad y dialogando, como los habitantes de la Grecia antigua.

Así luego venían todos de vacaciones a España, a disfrutar de la felicidad de la que carecían en su país.

Si es que para él estaba claro, de crisis económica nada, lo único que pasaba era que en Europa unos trataban de imponer sus leyes a los otros.

Lo del macho dominante, el padre todopoderoso del monoteísmo, se reproducía a nivel europeo.

Si era Alemania la que mandaba, además en nombre de una mujer, había que obedecerla por muy equivocada que estuviera.

A él le parecía que la misma guerra entre moros y cristianos, la seguían perpetuando en Europa entre países católicos y protestantes.

Unos, que sólo pensaban en el dinero, y los otros divertirse, estaban condenados a enfrentarse.

La economía española, y la cultura, se desarrollaba en los bares.

Allí la gente celebraba reuniones, y hacía exposiciones.

La música, la poesía, el arte, no estaba en los museos, sino en la calle, en cada ser singular y en su manera de expresarse, con gracia y salero.

Su mujer, por ejemplo, le parecía una artista y lo era, aunque luego trabajara en un supermercado.

La alegría española, por mucho que la Comisión Europea les pusiera contra las cuerdas, no iba a desaparecer del espíritu de sus gentes.

Además eran pacíficos, y con los moros se llevaban relativamente bien.

Tenían sus dos bocaditos de tierra y con eso se conformaban.

Aunque por un granito de arena, un islote cerca de Ceuta, casi llegaron a pelearse con Marruecos, pero aquello había sucedido en la nefasta época de Aznar.

A ése lo que le hacía falta era ir un poco más a los bares y dejarse de rezar, como Franco; que luego, como estaba amargado, también le daba por ensañarse con los musulmanes.

A él, cuanto menos rezaba, mejor le iba la vida.

Y ya no digamos tras la divina lección sexual de esa madrugada.

Si lo que necesitaban todos esos políticos estreñidos y tacaños era que se la endiñasen.

Así comprobarían con deleite, como él ahora, que todos somos iguales.

Mohamed besa en público a su mujer por primera vez, lo cual le parecerá algo revolucionario.

Él, que había venido a España con la única finalidad de ganar dinero, se dará cuenta de que ha logrado algo mucho más valioso, la felicidad.

Eso no le habría sucedido jamás en su país, el amar a una esposa y respetarla como lo hará el resto de su vida.

Viendo que allí todo el mundo es valiente y comprometido, la noche de aquel memorable 15 de mayo se armará de valor para confesarle la verdad.

Ella le dirá que ya sospechaba lo de su otra mujer, al igual que lo del tráfico de hachís y lo de la calle Montera; pero que le perdona porque le ama.

Le propondrá incluso ir ese verano a conocer a su otra esposa, y le aconsejará abandonar los negocios sucios, ya que eso podría afectar negativamente a sus hijos, pues cada pecado de los padres es heredado por sus descendientes.

A él le costará mucho más dejar de conseguir el dinero fácil que enfrentarse a su familia marroquí, aunque eso precisamente lo pagará caro.

Los hermanos de su esposa le amenazarán de muerte, aunque afortunadamente para él no podrán atravesar la frontera, sino ya sabría lo que le esperaba.

Su pobre madre sufrirá por no poder volver a verle, pero le escribirá cartas hasta el día de su muerte, y hasta alguna vez conseguirá hablarle por Skype.

Su padre también le repudiará, pero él se sentirá en cierto modo liberado por dejar de fingir respetar preceptos de una religión en la que ya no cree.

Se aficionará a la masturbación, e incluso la introducirá como práctica sexual en las relaciones amorosas con Melissa.

Empezará a explorar su cuerpo y el de su mujer, y a menudo le pedirá sexo anal, ya que descubrirá que le relaja enormemente.

Ella encontrará la manera de establecer lazos con la cultura árabe a través de una asociación de mujeres madrileñas.

Juntas crearán un grupo de apoyo a mujeres marroquíes, que aunque no podrán salir de su país, al menos tendrán contacto a través de internet.

Su tienda será con el tiempo regentada por su esposa, a la que antes no había dejado entrar más que para limpiarla.

Ella también le acompañará a por mercancía.

Como acabará por dejar el trabajo en el supermercado tras años de lucha por un sueldo justo, aprovecharán para pasar largas temporadas en Marruecos con el fin de habituar a sus hijos a esa cultura por si las cosas se ponen muy mal en España.

Con los años se irán especializando en productos de belleza que tendrán mucho éxito, como el aceite de argán, que se convertirá en una especie de oro líquido.

Ella, como lo usa, presumirá mucho delante de sus amigas de tener una piel perfecta, pero en realidad él cree que se debe al esperma que vierte sobre su rostro, sintiéndose realmente orgulloso de algo que antes le condenaría al infierno.

Como ella es una gran lectora, él poco a poco irá habituándose a hacerlo.

Un día traerá de la biblioteca Los versos satánicos, declarándole que no se trata de ninguna ofensa a su cultura, ya que hay libros aún más críticos sobre occidente.

Le explicará que la famosa trilogía de Stieg Larsson comenzaba con una novela titulada Hombres que odian a las mujeres, pero que odiar fue cambiado por no amar en pasado para darle aspecto de algo superado, cuando no es así.

Ella se empeñará siempre en asegurar que si los musulmanes son malos, los católicos son mucho peores, y que si unos desprecian a las mujeres, los otros las detestan.

La prueba debe ser que aquellos que las besan en público, como él hace ya hasta en Marruecos, son una minoría.